PEDRO MUÑOZ SECA y JOSE R. IZQUIERDO GARRIDO

27

El jilguerillo de los parrales

SAINETE

en un acto y en prosa, original

Copyrigh, by P. Muñoz Seca y J. R. Izquierdo Garrido, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

EL JILGUERILLO DE LOS PARRALES

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca y José R. Izquierdo Garrido

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 7 de Diciembre de 1910

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

A *LOS MUY ILUSTRES ARTISTAS*

Ricardo y Francisco Verdugo Landi

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA	Sra. Ortiz.
REMEDIOS	Srta. Alba.
MARÍA ROSA	Pardo.
CANDELARIA	Sra. Echevarría.
LUIS	Sr. Puga.
ANDRÉS	Simó-Raso.
ADORACIÓN	Mora.
JUANILLO	Mihura.

ACTO UNICO

Jardín de una casa de campo. A la izquierda fachada del caserío con gran puerta en el centro y una ventana enrejada en cada lado. Al pie de la ventana arrietes con rosales y jazmineros que trepan por las rejas. En el lateral derecha y entre macizos de vegetación macetas con palmeras, claveles, etc., etc. En el fondo velados por plantas y arbustos se ven algunos trozos del rastrillo que rodea al jardín. En el centro de la escena mesita y sillas rústicas. Es á la caída de una tarde de Abril. La luz irá disminuyendo gradualmente hasta hacerse de noche. La acción en Andalucía. Epoca actual.

ESCENA PRIMERA

CANDELARIA y ANDRÉS

ANDRÉS, jardinero de la casa, ha cumplido ya los sesenta años, pero se conserva ágil y fuerte. CANDELARIA, su mujer, aunque de edad aproximada, conserva también relativa frescura. Son dos viejos muy simpáticos. Al levantarse el telón, Candelaria corta flores que va echando sobre la mesita del centro. Andrés, que escarda unas macetas de claveles, la mira de reojo y gruñe

AND. (Gruñendo.) (Críe usté flores, y cuídelas usté, y mírese usté en ellas pa esto. ¡Malhaya sea!...)

CAND. (Lo que gruñe mi marido en cuanto se llega á una fló: ni que fueran pedazos de sus carnes.) (Arranca á tirones varios jazmines de uno de los jazmineros.)

AND. (Sin poderse contener.) ¡Eso!... ¡¡Así!!... ¡Con las manos!... ¡¡A tirones!! Más fuerte, mujé, más fuerte.

CAND. Pero ¿es que te vas á llevar gruñendo toa la tarde?

AND. (Furioso.) Pero ¿es que vas á pelá el jardín? ¿Y de esa manera? ¿A janolazo limpio?

CAND. Ya te he dicho que me las ha mandao cortá la señorita, porque quiere adorná el altá de la Virgen. Conque paciencia: no parece sino que te están arrancando los pelos der cogote.

AND. Quisiera yo sabé por qué razón te ha dao á ti la señorita ese encargo y no me lo ha dao á mí, siendo como soy er jardinero de la casa.

CAND. Porque tú le tienes á las flores más cariño que á tu persona; porque sabe que te haces el remolón, y después de muchos peros, cortas una docena de rosas tísicas, que mardito pa lo que sirven.

AND. Bueno está, hombre, bueno está. Ella es el ama y lo manda y... bueno está. Además, son pa la Virgen, y á mí, siendo pa la Virgen, no me duele tanto. Pero que venga aquí la cotorrona de doña Remedios á darle coba á la señorita y á llevarse flores pa er San Blas que tiene en su casa, eso, no, Candelaria; eso, no. A San Blas que le pongan una tomatera y va servío.

CAND. (Temerosa.) ¡Andrés!...

AND. ¡Mire usté que rosas á San Blas! ¡Mire usté que irse con florecitas á un obispo de tamaño naturá, mal encarao de suyo y con una coraza en la cabeza que mete mieo!...

CAND. Pero ¿es que las flores se crían pa las abejas?

AND. Pa las abejas no, señora, pero pa el obispo tampoco: aunque el obispo sea er propio San Blas bendito, que en paz descanse.

CAND. (Recelosa.) ¡Si alguien te oye!...

AND. ¡Que me oigan! Yo tengo ideas propias y estoy á matá con más de cuatro rutinas. ¿No quieren flores pa las imágenes? Pues

que pongan á las imágenes en los jardines; así tendrán flores y hojas y hasta aire sano.

CAND. Lo que á ti te sucede es que estás de un humó de vinagre desde que has sabío que la señorita se nos va mañana sin farta.

AND. Lo que te digo es que esas son las úrtimas flores que se cortan este año: y si la antipática de doña Remedios quié flores...

CAND. Calla, que ahí viene su marido; si te escucha...

AND. Me tiene sin cuidao.

CAND. ¡Andrés!

AND. Poco harto que está él de su señora.

CAND. ¿Es posible? (Confeccionando dos ramos de flores.)

AND. Vas á convencerte ahora mismo.

CAND. ¡Por Dios, Andrés!...

ESCENA II

DICHOS y DON ADORACIÓN

ADOR. (Por la derecha.) Buenas tardes. (Es un hombre enteco, enclenque, enfermizo, de unos cincuenta años y completamente calvo. Carece de acento andaluz.)

AND. Buenas tardes, don Adoración.

CAND. Venga usté con Dios, señorito.

ADOR. Pero ¿que es eso, Andrés? ¿Te han pelado el jardín?

AND. Y con er cero. (Suspirando.) Calvo lo han dejao. (Se sienta don Adoración, se quita el sombrero y se limpia el sudor.) ¡Qué doló!

ADOR. Buenas tendrás tú las tripas.

AND. De calamá las tengo: usté me conoce. To lo consiento menos eso de que me monden las plantas: y no crea usté que me molesta por aquello de que el jardín quede más bonito ó más feo; no, señó, me molesta porque yo creo que á las plantas cuando le cortan una fló les duele.

ADOR. Quita, hombre; ríete de eso: las plantas son insensibles.

AND. ¿Se lo han dicho á usté ellas por casualidá?

Corte usté una fló y verá usté en la punta der tallo una gotita blanca que unas veces parece llanto y otras, sangre. Deje usté de regá á una planta, y riéguela usté luego, y verá usté cómo se estira y se despereza y hasta se ríe de gusto. (Don Adoración se ríe.)

CAND. Mochales perdío, señorito.

AND. Ahí tiene usté á las campanillas; que sale er só, pues se encongen y se cierran porque les molesta la caló: que er tiempo refresca mucho, pues se hielan y se mueren de frío, ¿es verdad eso?

ADOR. Muy verdad.

AND. Pues si siente er frío y er caló, ¿va usté á decirme que son insensibles? Lo que pasa es que somos mu cortos de aquí, (Golpeándose la frente.) de aquí, ¿se entera usté? A mí una vez me preguntaron que quién era más listo si er perro ó el hombre, y yo dije que er perro, porque er perro entiende muy bien al hombre, y en cambio el hombre no entiende al perro. Y otro tanto podía decirle á usté de las flores.

ADOR. (Riendo.) ¡Eres un hombre original! Toma un pitillo: te lo has ganado. (Le arroja un cigarro.)

CAND. Por Dios, señorito: no le consienta usté que fume.

ADOR. ¿Tose?

CAND. No, señó: critica que es peó; puede que sea casualidá, pero como fume ha de renegá de arguien. (Don Adoración ríe.)

AND. No le haga usté caso: lo que sucede es que cuando se fuma no se trabaja, sino que se habla; y es claro, como aquí no ocurre nunca na nuevo como no se murmure no hay motivo de conversación.

ADOR. Es natural.

AND. Eso de que el tabaco influya, son chocheras de mi mujé; ya usté ve, hace un momento estaba yo precisamente sin fumá, y sin embargo estaba echando pestes de una señora.

CAND. (Apurada.) ¡Andrés!

AND. De su señora de usté.

ADOR. No me la nombres, Andrés; no me la nom-

bres por lo que más quieras en el mundo. Estoy de ella hasta el pelo.

AND. ¡Ya es está!

ADOR. Huyendo de ella vengo.

AND. ¿Quería que principiara usté alguna novena?

ADOR. Un septenario; pero no, son ya muchos septenarios para un hombre solo. (Andrés ríe.) En cuanto ví que empezaban á encender las luces de la capilla tomé la puerta y huí como un gamo.

AND. ¿Pero encienden luces en la capilla á estas horas?

CAND. ¿Y eso te extraña?

AND. ¡Lo que es la rutina! Señor mío ¿es agasajo el iluminá á los santos? ¿Sí? Pues iluminélos usté de noche, pero durante er día, ¿por qué no los ponen ar so? ¿Hay luminaria más bonita que er so? ¡Vamos, hombre! Si yo fuera santo y me atufaran con er pestazo de cuatro candilejas, metía mano á un candelabro y no dejaba sano á un devoto.

CAND. No desbarres, Andrés; estás diciendo herejías.

AND. Lo que es una herejía es obligá á una persona á viví ar lado de doña Remedios.

ADOR. Es verdad. ¡Soy un mártir, Andrés!

CAND. ¿Es cierto que se pasa el día rezando, señorito?

ADOR. ¡Si solamente fuera rezar! Verán ustedes: se levanta con el alba, y á esa hora canta un *Te Deum* dando gracias al cielo por haberle conservado la vida durante la noche.

CAND. Pero ¿cantado?

ADOR. ¡Cantado, sí señora, cantado, y que me hace á mí una gracia lo del canto á esas horas!... ¡Cuidado con el desayuno: un *Te Deum!* Después reza una cosa muy larga que se llama *Laudes,* y otra cosa muy larga que se llama el *Vía-Crucis;* y un rosario, y los cuarenta Padres nuestros de San Judas, y los cuarenta Credos de San Cucufate, y...

AND. ¡Josú!

ADOR. Todo eso por la mañana, porque luego vie-

nen las vísperas, y los maitines, y la novena del santo tal, y la octava del santo cual, y una oración cada vez que suena la campana del reloj de casa, y el reloj de casa marca hasta los cuartos...

CAND. ¡Qué martirio!

ADOR. Y lo peor del caso es que toda esa devoción es interesada, Andrés. Ayer he sorprendido un secreto que me ha dejado estupefacto. Entré en la capilla porque olí á chamusquina y temí que alguna chispa hubiera prendido fuego en las guirnaldas de San Blas, y ví que el santo tenía un papelito doblado en la mano.

CAND. Alguna petición.

ADOR. (Enfurecido.) Justamente, una petición de mi mujer; pero ¿saben ustedes lo que pedía la muy... pécora? ¡Un hijo! (Candelaria y Andrés revientan de risa.) ¡¡Un hijo!!

AND. ¡Y se lo pide á San Blas! ¿Será infelí?

CAND. Además, que San Blas no es abogado de esas cosas, San Blas es especialista de garganta.

ADOR. Eso creía yo.

AND. Si yo fuera er santo la mandaba hacer gárgaras un lustre lo menos.

CAND. Ahora comprendo yo por qué quiere hacer una función por todo lo alto en obsequio del santo: pa comprometerlo.

ADOR. Como que tiene la pretensión de que predique el padre Triguito y de que vuestro Juanillo cante durante la misa.

AND. ¿Mi Juanillo? ¿Qué cante mi niño? Pues se va á quedar con las ganas: primero, porque mi niño no le canta á San Blas, y segundo, porque mi arrastrao niño no canta más que cuando le da la repotente gana. No hay en tó er mundo una criatura más cerrí.

CAND. Ya usté ve lo que nos ha pasao con la señorita; que á fuerza de oir ponderá ar jirguerillo de los parrales, nos dijo que tenía deseos de oirlo; pues ¡que si quieres! Mañana se va, y se va sin satisfacé ese capricho.

ADOR. (Saltando del asiento.) ¿Qué mañana se va? ¿Es cierto eso?

AND. Sí que lo es, señorito.

ADOR. Pero si ayer nos hemos visto y no me dijo ni media palabra. ¿Ha sucedido algo, Andrés.

AND. Cosa que trasluzca, no señó; lo que ella lleve en sus adentros, ese es otro cantá.

ADOR. Algo grave sucede, Andrés; no hay que darle vueltas. ¡Lástima de criatura!

CAND. Tiene usté razón, lástima da. ¡Que Dios haya perdonao á la señora! ¡Casarla con ese verdugo!...

ADOR. ¡La deslumbró el dinero!

AND. Es verdad.

CAND. Tan feliz como hubiera sido con don Luis, porque mire usté que se querían.

AND. A cegá; él, sobre tó. La otra tarde lo ví y parece que en estos meses le han echao diez años encima.

CAND. ¿Se acuerdan ustedes cuando eran novios? El, como tiene su finca lindando con ésta, saltaba la tapia y se sentaba en el banco de los parrales y llamaba á la señorita canturreando: parece que lo estoy viendo.

AND. Y ella acudía, como pajarillo desenjaulado.

CAND. Y la señora sin enterarse de ná.

ADOR. El eterno idilio que á la postre se trunca.

CAND. (Mirando hacia la izquierda é imponiendo silencio.) ¡Cuidao!

ESCENA III

DICHOS y JULIA

JULIA (Por la izquierda. Frisa en los treinta años; viste con elegante sencillez y revela cierta tristeza y abatimiento.) Pero ¿qué es eso, don Adoración, usted aquí, sin pasar á darme las buenas tardes?

ADOR. Perdón, Julita, carezco de todo movimiento; acabo de saber una triste nueva que me ha dejado paralizado y perplejo.

JULIA ¿Alude usted á mi próxima marcha?

ADOR. Justamente.

JULIA ¡Bah! No es para tanto, amigo mío.

ADOR. Luego ¿es cierto?

JULIA Mi marido ha regresado del extranjero y me espera en Madrid.

ADOR. ¡Válgame Dios!

JULIA ¿Y Remedios?

ADOR. ¡Con San Blas!

JULIA Siento separarme de ella.

ADOR. Mucho más sentirá ella la ausencia de usted; muchísimo más; la noticia ha de sentarle como un tiro. Ahora mismo voy á comunicárselo.

JULIA ¡Hombre, por Dios!

ADOR. Que se aguante, como nos aguantamos todos.

JULIA Vamos, veo que continúa el disgustillo de ayer; porque, si no pienso mal, ayer estaban ustedes de monos.

ADOR. ¿De monos? ¡De tigres, Julita, de tigres!

JULIA Por alguna futesa.

ADOR. Por una grosería incalificable.

JULIA ¡No sería tanto!

ADOR. ¿Cree usted que exagero? Pues la erijo á usté en supremo tribunal; oiga los hechos y falle después con arreglo á justicia.

JULIA Conforme.

ADOR. Verá usté: parece ser que existe cierta devoción consistente en salir rezando de casa y llegar rezando á la iglesia sin cruzar la palabra con persona alguna. Yo desconocía esa devoción; lo confieso.

JULIA Pues es muy antigua. Creo que se hace en honor de San Cucufate, cuando se pretende conseguir algo muy difícil.

ADOR. Y tan difícil, señora, ¡tan difícil! Pues volvamos al lance, que tiene, por cierto, ciento y un bemoles. Yo bajé ayer al pueblo, y aunque no me gusta convidar á comer á nadie, porque Remedios incurre en la descarada falta de hacer rezar de rodillas á los comensales, antes y después de la comida, me ví precisado, comprometido, bien á pesar mío, á suplicar á los condes de Trotecorto que cenaran con nosotros. Accedieron gustosos, y como la tarde estaba apacible y

fresca, prescindimos de todo vehículo y nos encaminamos á pie hacia la Quinta. ¿Cuál no sería nuestra sorpresa al ver que carretera adelante venía Remedios á nuestro encuentro?—¡Carámbano! dijo el conde.—¡Qué casualidad! añadió la condesa.—Y yo, obligado á decir algo, exclamé hipócritamente: ¡qué encuentro tan feliz! ¿Qué es eso? ¿Dónde vas, Reme? le pregunté cuando estuvo á tiro. Y mi mujer se detuvo, clavó su vista en el suelo y no contestó.—¿Vas al pueblo? y nada.—¡Señora mía! ¿qué tal? le preguntó la condesa, y ella callada.—¿Pero has perdido el habla? le dije sintiendo que la sangre me bailaba en las venas; y nuevo silencio. Mire usted, Julita; me cegué: la tomé un brazo, la zamarreé con furia, y qué gritos no le daría yo, que la obligué á hablar.

JULIA ¿Qué dijo?

ADOR. Me dijo con los ojos inyectados y temblando de ira: «¡Y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús!» (Julia, Candelaria y Andrés rien á carcajadas.) Se safó de mis manos y huyó sin volver siquiera la cara.

JULIA No dejó de rezar.

ADOR. Resultado: que ofendidos los condes, regresaron al pueblo sin dignarse escuchar mis excusas; que quedé completamente en ridículo, y, por si todo ello parecía poco, cuando la buena señora volvió de su devoción, me promovió el primer tiberio y se indemnizó del silencio anterior hablando más de la cuenta y en términos que no quiero recordar para no ofenderme. Vamos á ver: imparcialmente: en justicia, señora, ¿tengo ó no razón para quejarme?

JULIA Pues como el conde tome á desaire el silencio de Remedios, es muy capaz de mandar á usted dos amigos.

ADOR. Lástima no me mandara un conocido que cargara con esa beata de los demonios. (Ríe Julia.) Se lo digo á usted en serio, Julita: no puedo con ella: no puedo con ella.

JULIA ¡Por Dios, don Adoración! Si es una santa.

ADOR. ¡Un cuerno! (Julia ríe.) Lo que es hoy se lleva el primer disgusto. Hasta ahora mismo.

JULIA ¿Volverá usté?

ADOR. Dentro de unos minutos. Adiós. (Vase por donde vino, precipitadamente. Los demás quedan riendo.)

JULIA Tiene gracia.

AND. Pues como sigan así, por mucho que quiera San Blas...

CAND. ¡Calla!

JULIA Jesús; ¡pero cuántas flores! No van á caber en ninguna parte; has cortado más de las que necesitábamos.

AND. (Con las de Caín.) ¿Estás viendo? ¿No te lo decía yo?... ¡Malhaya sea!

JULIA (A Candelaria.) Anda, limpia aquellos jarrones y avísame para que arreglemos entre las dos el altar.

CAND. En seguida, señorita. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

ANDRÉS, JULIA y MARÍA ROSA

AND. Señorita Julia: yo no quisiera que usté lo tomara á mal, pero, cuando usté necesite flores y quiera que se corten flores, encárgueme á mí el asunto, que para eso soy el jardinero; no le dé usté esa comisión á mi mujer, porque mi mujer, pa esto de las flores, es mas dañina que un pedrisco.

JULIA Está bien, hombre, está bien. (Risas dentro.) ¿Quién ríe por ahí?

AND. ¿Quién ha de reir? María Rosa: la alegría de la casa. ¡Criatura más bullanguera y más reidora! Después de to, hace bien: en este mundo, señorita, el que llora es porque quiere llorar, (Julia niega tristemente con el gesto.) No me diga usté que no. Yo recuerdo que una vez me echó la buenaventura una gitana, y al preguntarle yo si sería dichoso ó desgraciao, me dijo, dice: «Has de sabé, mosito, que si tú quieres ser feliz, no habrá pena que te jiera; que la vida es cual cam-

pana, y el que la vive su campanero; en las manos tiene el cordé y pué repicá á gloria ó doblá á muerto, según quiera:» ¡Y á fe que no me engañó!

M. ROSA (Por la derecha, riendo. Es una muchacha muy bonita que frisa en los veinte años. Viste pobremente y como corresponde á una doméstica de la finca.) ¡Josús! La que se va á armá dentro de diez minutos en la Quinta de ahí enfrente.

JULIA ¿Qué ha pasado?

M. ROSA Pues que er señorito Adoración, por andá depriesa, ha dejao un pedazo asín de americana en el espino de la portada. (Rien.) Y es lo que yo digo: esta tarde el divorcio, porque la señorita Remedios lo tolera to menos un siete de ese calibre. ¡Pobre señorito!

JULIA Pero criatura, ¿de dónde vienes hecha una sopa?

M. ROSA Pues... mire usté, la verdá; de regá los melones.

JULIA ¿Tú?

M. ROSA (Poniéndose roja y bajando los ojos.) Es que... he estao ayudando á Juaniyo.

AND. ¡Extrañárame yo!...

M. ROSA Ayudándole, porque hemos hecho un trato.

JULIA ¿Un trato?

M. ROSA Sí, señora; verá usté: iba yo por el cabezo de las naranjas cuando ví á Juanillo que estaba regando los melones y que corría de un lao pa otro, como si estuviera tentao der demonio. Y era que se le escapaba el agua de la reguera, y en vez de entrá en er meloná se le metía en la viña. ¡Graciosísimo! El venga acarreá tierra y amontonarla, y el agua dale con arrastrarla. ¡Vamos! pa morirse de risa.

AND. No le veo la gracia.

M. ROSA Pues yo, por poco reviento á fuerza de reirme.

JULIA ¿Y le ayudaste?

M. ROSA Verá usté: al oí Juanillo mis risas, se levantó de gorpe, me miró con los ojos así, y con las manos así. (Haciendo graciosos gestos de cólera.) Y va y me dice: ¡¡Cebolleta!!... ya usté

me entiende, señorita. (Julia asiente con la cabeza, sonriendo.) En vez de reirte, bien podrías vení á ayudarme. Con una condición, le dije yo. ¡Cual! Que esta noche has de cantá debajo de mi ventana una de esas coplas que tú sabes. Trato hecho. ¿Palabra? ¡Palabra!... Y fuí y le ayudé, y encauzamos la reguera, y empapamos, er meloná. y... bueno, yo me habré mojao una miaja, pero esta noche me canta á mí su hijo de usté, el propio jilguerillo de los parrales, una copla, pa que se mueran de envidia los ruiseñores.

JULIA — Mira por donde voy yo también á oirlo.

M. ROSA — Es verdad, señorita.

AND. — Pues como le dé por lo triste, nos vamos á divertí: más vale que no cante. Yo recuerdo que una noche de este invierno pasao, cuando ya se había recogío la gente y había en er campo un silencio como de iglesia, principió mi niño á cantar ahí en los parrales unas cosas de que si un corazón mal herío y de que si un pecho atravesao, que me fartó tanto así pa abrí la ventana y tirarlo una perdigoná. ¡Qué tristeza de criatura, Dios santo!

M. ROSA — ¡Lo que entenderá usté de cantar!

ESCENA V

DICHOS y CANDELARIA

CAND. — (Por la izquierda.) Ya está eso listo, señorita.

JULIA — Pues vamos allá. Andrés, tráete esas dos macetas pequeñitas. (Candelaria toma las flores.)

AND. — ¿Las palmas?

JULIA — Las clavellinas.

AND. — Le arvierto á usté, señorita, que las clavellinas no son plantas de sombra.

JULIA — No importa.

AND. — Lo digo, porque bajo techao se van á marchitá, y es una pena.

JULIA — Pues si se marchitan que se marchiten; trae-

las. (A Candelaria.) Entrame tú esas flores, Candelaria. (Hace mutis por la izquierda.)

CAND. Sí, señora. (Hace mutis tras ella, mirando á Andrés como reconviniéndole.)

AND. (Cargado con las macetas.) ¡Eso! Si se marchitan que se marchiten. ¡Y críe usté plantas pa eso! (Mirándolas con lástima.) ¡Lo que van á padecé las pobres!

M. ROSA Pero ¿sufren las plantas, señó André?

AND. Como tú y como yo.

M. ROSA ¡Ay! (Con pitorreo.) Pues no quiero pensá en el mal rato que habrán pasao las dos lechugas que me comí esta mañana. (Ríe.)

AND. (Haciendo mutis por la izquierda.) No te tiro una maceta por no estropearla. ¡Malhaya sea!... (Vase refunfuñando.)

ESCENA VI

MARÍA ROSA y JUANILLO

M. ROSA ¡Pero qué poquísima correa tiene mi suegro! (Suspirando tristemente.) ¡Mi suegro!... Eso quisiera yo. (Pequeña pausa, durante la cual María Rosa simula mirar al cielo.) ¡Qué ganas tengo de que cierre la noche, porque me está diciendo el corazón que esta noche voy á salí de penas! Como que después que Juanillo me cante, abro yo mi ventana para darle las gracias, y si él está por mí como dicen... pues... se clareará una miaja y me dirá algo de sus sentires. (Relamiéndose de gusto.) Bueno, como se claree, voy á darle un sí que va á soná más que un trueno. (Suspirando.) Lo tonta que somos las mujeres; hay que vé cómo se me ha metido en el alma ese hombre, con motivo de lo der cante: y eso que no lo he oído cantar más que dos veces. (Disponiéndose hacer mutis por la izquierda.) ¡Ay, San Antonio!... ¡En ti confío!

JUA. (Por la derecha.) Escucha, María Rosa.

M. ROSA (Deteniéndose sorprendida.) ¡Jesús! Me has asustao.

JUA. ¡Caramba! Debes tú tené un corazonsito de este tamaño. (Indicando la uña de su dedo índice.)

M. ROSA (Picada.) No me lo he medío nunca ni sé cómo se miden los corasones.

JUA. El mío me lo mido yo por metros.

M. ROSA Yo creí que lo que tú te medías por metros eran las asauras.

JUA. Bueno, vamos á dejarnos de cuchufletas, porque no es ninguna cuchufleta lo que yo tengo que decirte.

M. ROSA (Extrañada.) ¿Tú á mí?

JUA. Yo á ti, sí señó: una cosa mu seria; tan seria que no me sale.

M. ROSA ¡Jesús, hijo! (¡San Antonio, si es aquello, que le salga!)

JUA. (Rascándose desesperado. (¡Malhaya sea!...)

M. ROSA (Entre ruborosa y preocupada.) Pues... tú dirás.

JUA. Es el caso, María Rosa, que... esta tarde te he dao una palabra que... ¡vamos! que no pueo cumplirte.

M. ROSA (Estupefacta.) ¿Eh?

JUA. Más claro; que no pueo cantarte esta noche, María Rosa.

M. ROSA (Con ansias.) ¿Que no? ¿Por qué?

JUA. Porque no... pueo.

M. ROSA (Con tristeza.) Porque no quieres; mejor dicho, porque no me quie... (Se contiene, admirándose de lo que iba á decir.)

JUA. (Rápido.) Eso sí que no; que te quiero más que á nadie en er mundo, aunque nunca te lo haiga dicho.

M. ROSA (Roja de emoción y de vergüenza.)(¡Qué vergüenza!)

JUA. Por eso me duele fartarte á mi palabra, porque, escucha, María Rosa. (Le toma una mano.)

M. ROSA (Safándose y alejándose de él.) ¡Suerta!

JUA. ¡Escucha!

M. ROSA (Sin mirarle.) ¡No!

JUA. (Apasionado y suplicante.) Por lo que más quieras, óyeme, que voy á decirte tos mis sentires.

M. ROSA (Sin mirarle y haciendo mutis por la izquierda.) Luego: esta noche; cuando me cantes. (¡Te la has ganao, San Antonio!) (Vase.)

JUA. (Desesperado, tirando el sombrero al suelo.) ¡Malhaya sea mi negra suerte! ¡Cómo le digo yo á esa mujé que no le canto, porque ni sé cantá, ni he cantao en mi arrastrá vía!... Así me caiga encima... (Ve á Julia que sale por la izquierda primer término y se contiene.)

ESCENA VII

JUANILLO y JULIA

JULIA Mira: dame esa maceta pequeñita; la del rosal; no quiero pedírsela á tu padre, porque se pone que no hay quien lo resista.

JUA. Cosas de la edad, señorita. (Coloca sobre el velador la maceta indicada por Julia.)

JULIA ¿Hiciste mi encargo?

JUA. Sí, señora: me han dicho en la estación que los trenes salen á la misma hora de siempre, pero que no hay exprés más que los martes y los sábados.

JULIA Está bien.

JUA. Otra cosa tenía yo que decirle á usté, pero no sé si...

JULIA ¿Eh? ¿Qué es ello?

JUA. (Temeroso.) Que... er señorito Luis...

JULIA (Extremeciéndose.) ¿Eh? ¿Qué dices?

JUA. No se enfade usté, señorita; le aseguro á usté que yo no he tenío la curpa; él me preguntó...

JULIA ¿Quién?

JUA. ¡Don Luis! (Julia procura ocultar su emoción.) Me preguntó lo de tós los días, si había novedá, porque él se interesa siempre por toa la gente de esta casa; y al contarle yo la novedá que había y al decirle que usté pensaba de marcharse mañana, pos me dijo que iba á venir.

JULIA (Emocionadísima.) ¿Aquí?

JUA. Sí, señora; pero no tema usté que no vendrá, porque le he dicho yo que esta noche suerto el perro y no le dejo entrá ni á la fuente.

JULIA ¿A la fuente?

JUA. Sí, señora: ahí viene muchas noches. Yo, la verdad, como en ello no hay mar para naide, lo dejo entrá. Ahí se sienta y se pasa las horas hablando con las piedras de unos amores y de una mujé que le hizo traición y de qué sé yo cuántas cosas: pa mí que está loco perdío. (Julia enjuga disimuladamente una lágrima.) Otras veces le da por cantá, y á fe que lo hace como los mismos ángeles, pero muy triste, señorita; se le arruga á uno el corazón de oirlo.

JULIA ¡Cómo! Pero, ¿no eres tú quien canta? Si acaba de decirme María Rosa...

JUA. (Con gesto de cómica desesperación.) No me hable usté de eso, señorita: media vida daría yo por sabé cantá. También cree ella que soy yo y hasta juraría que ha puesto en el cante su querencia. El día que se entere que... (Suplicante.) Haga usté er favó de no decirle ná, señorita.

JULIA Llégate ahora mismo á casa de don Luis y suplícale en mi nombre que no venga.

JUA. Iré, puesto que usté lo manda; pero pa mí que no hará farta, señorita; ya sabe don Luis que cuando yo le quito er collá á Machaquito, no entra en el jardín ni el aire.

JULIA No te detengas.

JUA. Está bien. (Medio mutis.) Señorita Julia, que no se entere nadie.

JULIA ¿De qué?

JUA. De... de lo der cante. (Vase por la izquierda.)

JULIA (Sentándose apocada y entristecida.) No quiero verle: no debo verle.) (Queda ensimismada.)

ESCENA VIII

JULIA y LUIS

LUIS (Es un muchacho de treinta años, delgado, pálido, viste elegante traje de campo, sombrero ancho y zahones. Entra en escena por la derecha sin ser advertido por Julia y queda un momento detenido contemplándola. Blandamente.) Julia.

JULIA (Levantándose sobresaltada.) ¡Luis! (Breve pausa.) ¿A qué vienes? (Con amargura.)

LUIS (Lo mismo.) No sé; yo mismo me lo pregunto y no sé responderme. (Contestando á un gesto de Julia.) Pero no te asustes, no creas que el despecho me guía.

JULIA El despecho no, pero acaso...

LUIS (Interrumpiéndola.) No; tampoco la esperanza. (Pausa breve.) No vengo á recriminarte. Tú hiciste lo que el deber te mandaba; de nada puedo acusarte; sé que me quieres y...

JULIA ¡Luis!

LUIS ¿Es mentira?

JULIA Yo no debo querer más que á mi marido.

LUIS Vano y triste empeño querer hacer del amor un deber: no lo conseguirás; cada día que pase le odiarás más.

JULIA ¿Juzgas mi sentir por el tuyo?

LUIS No: yo le odio, pero no tanto como tú. Yo le odio por lo que te ha hecho sufrir, no por lo que te ha hecho gozar; tú le odias por ambas cosas. Tu desgracia es mayor que la mía y me das lástima. Cuando mataron nuestro cariño, yo pude lamentar mi desventura á todas las horas del día, en todos los momentos de mi vida, á la luz del sol y al amparo de la amistad; tú ni aun en las sombras y la soledad de tu cuarto, porque tu llanto lo rechazaba tu conciencia honrada.

JULIA ¡Luis!

LUIS Y aun prescindiendo de tu conciencia, tú no puedes llorar, porque tienes que fingir un ideal realizado, un amor satisfecho, un amor de alegría y esperanza; tú que no tienes otra alegría que el recuerdo, ni más esperanza que el olvido.

JULIA Eres cruel y no lo merezco.

LUIS ¡Cruel!

JULIA Vienes á gozarte en mi sufrir.

LUIS No, Julia; no soy el novio despechado que te empeñas en ver, pero tampoco el amigo que busca una frase de consuelo. Soy algo más: soy algo de tu ser, como tú eres algo

del mío, algo que viviendo en ti, el destino te quita... Pero ya me conoces. Soy creyente, siento vagar mi alma por un infinito azul y este creyente es el que se acerca á ti para decirte que su alma espera á la tuya al borde de ese infinito para flotar en él.

JULIA Alegre es tu esperanza.

LUIS Como todas las esperanzas de la vida. ¿Te vas mañana?

JULIA Sí; y antes de marcharme quisiera devolverte dos cartas tuyas que conservo. Ignoro por qué causa, no te las envié con aquellas otras. (Temerosa é indecisa.) No sé si ir por ellas.

LUIS Mándamelas.

JULIA No; creerían...

LUIS Entonces... ¿Quieres acceder á un capricho mío? (A un gesto de Julia.) No: no temas, es una puerilidad lo que voy á suplicarte. Esta noche, dentro de un rato, vé á la fuente de los parrales como en aquellos tiempos felices, yo te avisaré como entonces te avisaba y allí nos despediremos para siempre.

JULIA Para siempre, no. Hasta... tu infinito azul.

LUIS Es verdad. ¿Irás?

JULIA Sí. Adiós.

LUIS Temo, que al avisarte me oigan y...

JULIA No importa; creerán que es Juanillo. Adiós.

LUIS Adiós. (Vase por la derecha. Julia le ve marchar tristemente. Compone su peinado, toma unas flores, y adornándose con ellas hace mutis por la izquierda.)

ESCENA IX

REMEDIOS y DON ADORACIÓN. Remedios es una jamona biliosa y fea: viste habito de Jesús de un color morado rabiosísimo. Don Adoración para disimular el enorme roto que se ha hecho en la americana, la trae recogida á guisa de chupa, sujetándosela con las manos, que apoya á su vez en los bolsillos del chaleco. Entran en escena por la derecha

REM. ¿Te parece honesta esa postura para penetrar en una casa extraña? Baja esa americana, Adoración.

ADOR. No me da la gana.

REM. ¡Muy bonito!... ¡Muy bonito!...

ADOR. Y lo que me choca, pero mucho, es que te ocupes de futesas y nimiedades, cuando debías estar muerta de pesadumbre ante la noticia que acabo de comunicarte. ¿Tú sabes lo que significa para nosotros la ausencia de Julia? Significa el aislamiento, la soledad, la terminación de estas agradables tertulias que constituyen nuestro esparcimiento favorito. Significa... ¡Vamos, Remedios, vamos! Era para que te murieses de pena.

REM. Y lo siento, Adoración, lo siento.

ADOR. Pues no se te nota, hija mía. Por mucho menos te ha dado siempre un colapso. Acuérdate de cuando se nos cayó Mahoma en el estanque, de pensar tan solo que se había ahogado en agua sin filtrar, tuviste seis días de fiebre con un sí es ó no es delirio. Y eso que Mahoma era un perro. Y no quiero acordarme de los dos tiros que pegué impensadamente á aquel pollo que tanto te gustaba.

REM. ¡Jesús, Adoración! Cualquiera que te oyese creería que hablabas de algún devaneo mío, no de una infeliz ave.

ADOR. Bueno, pero ¿lo sentistes ó no? ¿Te costó calentura ó no? Sería calentura de pollo, pero manifestastes tu sensibilidad. En cambio, ahora tan fresca; se marcha Julia, y tú, como si tal cosa. Dirá, y con razón, que no la estimas, que tu cariño es ficticio. ¡Ni una lágrima! ¡Ni un ligero ataque! (Palpándole la frente.) Ni un leve destemple.

REM. Déjame en paz, caramba, no parece sino que tienes ganas de que reviente de una vez.

ADOR. (¡No caerá esa breva!)

ESCENA X

DICHOS y ANDRÉS

AND. (Por la izquierda.) (Ya está aquí la que faltaba.) Buenas tardes.

ADOR. (Corriendo hacia él.) ¡Qué desgracia, Andrés!... ¡Qué desgracia!

AND. (Asustado.) ¿Sucede algo, señorito?

ADOR. Aludo al viaje de tu señora.

AND. (Cayendo de su burro.) ¡Ah! Calle usted don Adoración; pa morirse de pena. No sé como la señorita Remedios ha podido resistir esta noticia.

ADOR. (A Remedios.) ¿Oyes?

AND. Toas las mujeres de esta casa están ahí revorcándose; la que no tiene una convulsión, tiene dos.

ADOR. ¿Estás oyendo? Y tú tan tranquila.

AND. Ha sido mucho gorpe. Ya usté vé que uno es hombre, y tiene uno su aquel endurecío y hace falta mucha cebolla pa que á uno se le salten las lágrimas; bueno, pues yo, no exagero, he podío regá hoy sin la regadera.

ADOR. (Dándole unas palmaditas cariñosas.) Bien, Andrés, bien; esa delicadeza de sentimientos te honra.

AND. (Cambiando de tono y á media voz.) Me han dicho que se ha hecho usté cisco la americana con los alambritos de...

ADOR. ¡Calla! Si se entera...

REM. Ya he visto que han mondado el jardín, Andrés.

AND. La señorita Julia ha querido despedirse de la Virgen echando el resto.

REM. (Por las flores que hay sobre el velador.) ¿Estas han sobrado?

AND. ¿Sobrá? ¡Qué disparate! Fartan toavía y bastantes; como que ahora mismo tengo que llegarme ahí, al jardín de Currito Retaco, pa comprá las que necesito, porque aquí, cuando hacen falta flores, se compran.

REM. ¡Qué suerte tienen las imágenes de Julia; en cambio mi pobre San Blas!...

AND. ¡Bah! A los santos pa que hagan favores hay que tratarles malamente. Tengo yo un cuñao, usté lo conoce señorito, ese que en las funciones de iglesia va vestío con un delantá por los hombros y lleva una vara de plata en la mano: el perdiguero.

REM. Pertiguero.

AND. Bueno, pues ese tiene un cuadro en el que hay pintao un San Francisco con un libro abierto delante; y él, es muy devoto de ese santo, y en cuanto quiere que le haga un favó, va y le escribe en el libro: «Viva la república» y dice, que el santo con ta de que le borren el letrerito hace tó lo que él le pide.

REM. ¡Herejías! ¡Herejías!

ADOR. Pero, ¿y Julia? (Llamando.) ¡Julia! ¡Julia!

REM. ¡Adoración! ¿Qué voces son esas? ¡Qué libertinaje! Quien te viese en esa postura y profiriendo tales voces creería no se qué.

JULIA (Dentro.) Bueno: ya lo arreglaremos después.

AND. Ahí viene la señorita.

ADOR. (A Remedios.) Por Dios, Remedios, cuidado; reprime tus nervios: no te excites al ver á Julia. No te vaya á dar un colapso.

REM. Pero si estoy tranquila. Ya tú sabes que á mí los ataques me empiezan con sudor frío y contracciones de manos, y ya ves, estoy normalísima.

ADOR. Es verdad. (¡Qué lástima!)

ESCENA XI

DICHOS, JULIA y CANDELARIA

JULIA (Por la izquierda.) ¡Amiga mía! (Besa á Remedios.)

CAND. Buenas tardes.

REM. Pero, ¿es posible? ¿Nos abandona usted, Julita?

JULIA No hay más remedio, señora; quien manda manda.

REM. ¡Qué lástima! ¡No sé qué va á ser de nosotros, tan solos, tan abandonados!...

JULIA Pero, siéntense.

REM. Un momento nada más. (Se sientan Julia, Remedios y don Adoración.)

CAND. ¿Qué hacemos con estas flores que han sobrado, señorita?

AND. (¡Malhaya!...)

REM. Pero, ¿han sobrado? (Mira á Andrés con cierto rencor.)

JULIA Andrés.

AND. Usté mande, señorita.

JULIA Haz con estas flores un ramo bonito para doña Remedios. (Andrés mira al cielo con desesperación.)

REM. ¿Para mí? ¡Ay, no sabe cuánto se lo agradezco!

JULIA Por Dios, señora.

REM. Gracias, en nombre de San Blas.

AND. (¡Y para San Blas!)

JULIA ¿No has oído, Andrés?

AND. (Conteniendo su ira.) Sí, señora, he oído: allá voy. (Recoge las flores.)

REM. Con mucho verde, Andrés.

ADOR. Sí, con mucho verde.

REM. Que abulte mucho.

AND. Se hará como es su gusto, señora. (Lo que toca hoy, me juego yo el empleo y hasta la cabeza.) (A Candelaria.) Escucha, Candelaria. (Candelaria se acerca á él.) ¿Quieres hacé er favor de cortá ocho ó diez ramas de rosales granaos, de esos que tienen ca púa como una lezna?

CAND. ¿Qué piensas hacer, Andrés?

AND. ¡Nada! Yo las cortaré: esa señora sale de aquí escarmentá y como le barrunte el ataque y principie con los apretujones de manos, se acuerda pa mientras viva de Andrés Montoya y del ramo de flores del jardín que cuida Andrés Montoya. (Echa las flores en una cesta y vase, armado de unas tijeras de podar, por la derecha último término.)

ESCENA XII

REMEDIOS, JULIA, CANDELARIA y DON ADORACIÓN

ADOR. Advierto á usted, querida Julia, que Remedios afecta tranquilidad, pero la noticia de su próxima marcha la tiene nerviosísima: no hay más que ver cómo se revuelve en el asiento.

JULIA ¡Por Dios, amiga mía!

REM. (Muy nerviosa.) Estoy nerviosa, lo confieso; pero mi nerviosismo obedece á otra causa.

ADOR. ¿Eh?

REM. Eres tú, tú, quien me excita. Es esa postura chavacana é irreverente que tienes adoptada. Perdón, Julita, pero hay cosas que no puedo tolerarlas. Confiese usted que las formas de mi marido no pueden ser más inadecuadas.

JULIA Déjele usted; está en su casa.

REM. ¡Ay, si estuviera en su casa!... (Don Adoración hace señas á Julia aprovechando una distracción de Remedios y le muestra el desgarrón que se hizo en la americana. Julia sofoca la risa y disimula.) ¿Y tu Juanillo, Candelaria?

CAND. Tan bueno, señorita, muchas gracias. Hoy trae revolucionao el cotarro porque ha prometido cantarle á María Rosa esta noche.

REM. Lástima que no podamos escucharle.

CAND. ¿Por qué, señorita?

JULIA ¿Tan pronto piensan ustedes marcharse?

ADOR. Sí. Esta no sé qué tiene que hacer, y yo quiero estar en casa á la llegada del correo porque aguardo noticias muy interesantes. Un hermano de Remedios está grave y esperamos hoy razón de él. Además hoy sabré si me han vendido en la feria la punta de yeguas de que quiero deshacerme.

REM. Yo tengo citado á las nueve al padre Triguitos: estoy organizando una gran función religiosa en honor de San Blas.

JULIA ¿Otra? Me parece á mí que algo trae usted con San Blas, Remedios; usted quiere meter al santo bendito en algún lío muy gordo. ¿Me equivoco?

REM. (Suspirando.) ¿Quién no tiene una ilusión, Julita?

JULIA Pues ya sabe usted el refrán: á Dios rogando y con el mazo dando.

REM. Por ruegos no ha de quedar, en cuanto á lo del mazo... (Candelaria, que ha estado conteniendo la risa, suelta el trapo, y á una mirada de Julia queda seria y avergonzada.)

JULIA ¿Qué es eso, Candelaria?

CAND (Confusa.) Es que... me hace gracia el señorito con la chaqueta recogía y...

REM. Hasta la servidumbre se ríe de tí.

ESCENA XIII

DICHOS y ANDRÉS

AND. (Dentro.) Bueno: yo se lo daré. (Entra por la derecha, trae en una mano un ramo y en otra un telegrama.) Señorito: esto ha traío para usted Quintiliana, la hija del hortelano.

ADOR. ¡Un telegrama! (Lo abre y lo lee.)

REM. ¿Un telegrama?

ADOR. ¡No te asustes!

REM. ¿Estará peor mi hermano?

ADOR. Serénate, sosiégate, Remedios; no te alarmes, por Dios.

REM. ¿De quién es? ¿Qué dice?

ADOR. Refrena tus nervios.

REM. Vamos, hombre, revienta de una vez, ¿no estás viendo que estoy tranquila?

ADOR. (Alargándole el telegrama.) Es de Sofío, diciendo que ha vendido las yeguas.

REM. (Advirtiendo en la americana de don Adoración el enorme roto.) ¡Dios mío!

ADOR. ¿Eh? ¿Qué te pasa?

REM. ¡La americana nueva!...

ADOR. (¡Atiza!)

REM. ¡Destrozada! (Queda en el centro de la escena abriendo y cerrando las manos como si hiciera gimnasia.) ¡Vamos! ¡Vamos!

ADOR. Cálmate, Remedios.

JULIA Por Dios, señora.

AND. (Ofreciéndole el ramo de flores.) Tome usté, señorita.

ADOR. (A Andrés.) No; no se lo des ahora; en este estado nervioso á fuerza de apretar lo destrozaría.

AND. Verá usté cómo el oló de las flores la calma un poquito. Tome usté.

REM. (Tomando el ramo y apretándolo nerviosamente.) ¡Ay!

ADOR. ¡Vamos! Cuando se queja es que ya le va pasando. No ha sido nada: un amago.

JULIA Gracias á Dios.

REM. ¡Ay!

AND. (¡Aprieta!... ¡¡Aprieta!!)

ADOR. Vámonos: de aquí á casa acabarás de calmarte.

REM. ¡Ay!

ADOR. Perdón, Julita. Hasta mañana.

JULIA Que se alivie.

REM. (Sostenida por Adoración y dirigiéndose hacia la derecha.) ¡Ay!

AND. (¡Cuarto pullazo!) (Dentro canta Luis, ó quien sepa cantar, una copla que puede ser ó no ser flamenca, pero que forzosamente ha de ser triste.)

ESCENA XIV

DICHOS, MARÍA ROSA y JUANILLO

M. ROSA (Por la izquierda y muy contenta.) ¡Ya está Juanillo cantando! (Adoración y Remedios se detienen, todos escuchan y óyese la bien timbrada voz de quien canta dentro, lejos.)

JULIA ¡Es él!... ¡Como en aquel tiempo!... (Tras una breve indecisión.) ¡Bah! (Hace mutis por la izquierda rápidamente.)

CAND. ¡Hijo de mi arma, qué estilo tiene!

M. ROSA ¡Un ángel parece!

AND. ¿Pero dónde habrá aprendido ese arrastrao niño esas cosas tan tristes?

M. ROSA ¡Cállese usté, señó!

CAND. Ya no se oye.

M. ROSA (Yo me voy á mi ventana.) (Va á salir, tropieza con Juanillo que entra en escena, da un grito y se queda mirándole como petrificada.)

CAND. (A Juanillo.) ¿Tú aquí?

REM. ¡Ay!

AND. Pero...

ADOR. ¡Cosa más extraña!...

JUA. (Mirándose asustado y mirando con extrañeza á los demás.) Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Eh? ¿Tan feo soy que asusto? (Se oye de nuevo la voz que canta dentro.) ¡Don Luis! ¡¡Maldita sea mi sino perro!! (Telón rápido.)

FIN DEL SAINETE

OBRAS DE PEDRO MUÑOZ SECA

Las guerreras, juguete cómico-lírico.
El contrabando, sainete. (Octava edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete lírico.
El contrabando, sainete lírico. (Cuarta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico.
El triunfo de Venus, zarzuela.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela.
El lagar, zarzuela.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica.
El fotógrafo, juguete cómico.
El juilguerillo de los Parrales, sainete.

3 0112 117458882

Precio: UNA peseta